N.º 7.º

DISCURSO

DE

DON FRANCISCO CUTANDA,

INDIVIDUO DE NÚMERO

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

LEIDO ANTE ESTA CORPORACION

EN LA SESION PÚBLICA INAUGURAL

DE 1869.

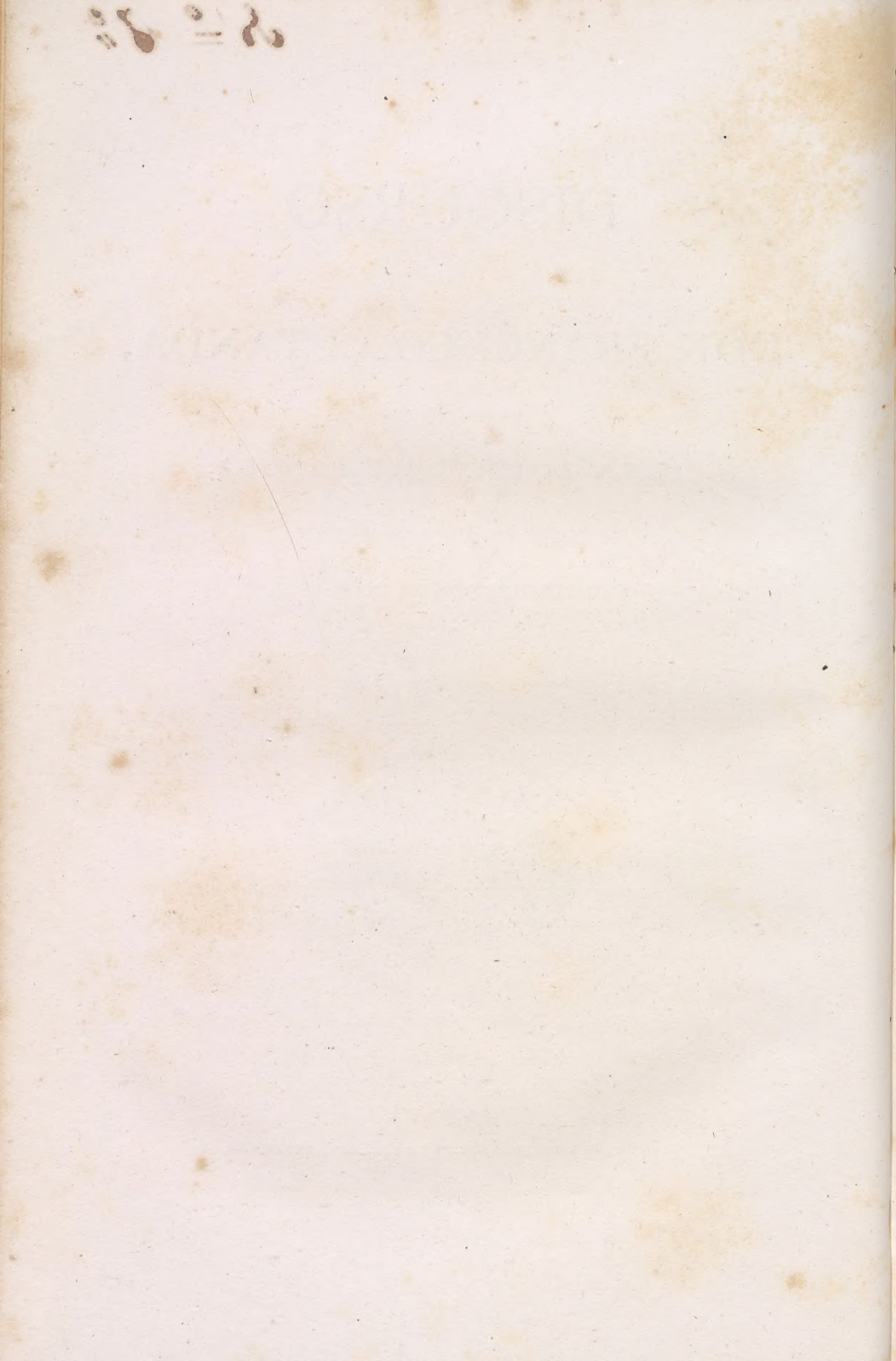


MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,

calle del Duque de Osuna, número 3.

1869



ESTUDIO SOBRE LA POSIBILIDAD

Y LA UTILIDAD DE CLASIFICAR METÓDICAMENTE LAS PALABRAS DE UN IDIOMA;

PRELIMINARES PARA LA EJECUCION DE ESTE PENSAMIENTO;

Y OBSERVACIONES CONCRETAS

Á LA CLASIFICACION DE LOS VERBOS RADICALES CASTELLANOS.

Señores:

Pongo á la Academia por testigo: no ha sido vana arrogancia, sino sincero respeto á sus indicaciones benévolas, el que me ha traido á este lugar á contribuir con mi pobre ofrenda en ocasion tan solemne.

Lo malo es, que mi insuficiencia era, hasta hoy, un secreto de familia, que disimulabais vosotros, Señores Académicos, bondadosos en extremo, como todos los sabios. Hoy se hace irremediablemente pública. Por donde me veo obligado á implorar la indulgencia de este distinguido concurso; á la de mis queridos compañeros estoy muy acostumbrado.

Olvidad todos, yo os lo ruego, dos cosas harto diferentes y hasta cierto punto contrarias: los profundos y elocuentes discursos de otros años, y la definicion que, á buen seguro, tendréis ya hecha de mi pobre persona y escasos merecimientos. Sin esto no lograriamos entendernos, precisamente cuando me propongo que, á escote y por contri-

bucion de vuestros pensamientos y los mios, resulte esta, más bien íntima conferencia que disertacion ó discurso académico.

Ayudado ha, desde que se instituyeron estas públicas sesiones, un buen sino, tanto á la Academia al elegir oradores, como á éstos al escoger asuntos. El constante resultado ha sido oportunidad, agudeza, delicadeza, felicidad en los discursos. Imaginando yo, de resultas, que en la eleccion de materia estaba cifrado el toque del acierto, me he acercado á los mismos insignes varones, ya laureados en tan recientes y merecidos triunfos, en consulta, en demanda de una idea feliz, capaz de lucir por sí sola, capaz de convertir en escritor y orador á quien el cielo negó estas dotes. Su opinion ha sido unánime: ésta es materia en que no es dado aconsejar á otro; cada uno ha de gastar de su fondo, cada uno ha de procurar trasladar al papel sus propios sentimientos y sus particulares ideas. ¡Triste, aunque no imprevisto desengaño!

Añádense, para mi mayor confusion, otras especialísimas dificultades, nacidas de las circunstancias de la época. De resultas de tantas novedades, divisiones, trastornos, luchas, partidos, subpartidos..... hemos perdido todos nuestra frescura y tranquilidad habituales: estamos de mal humor; más dispuestos á la contradiccion que al aplauso; poco tolerantes con las opiniones de los otros; agrios, asustadizos, quisquillosos..... Ello es que salimos de casa mejor prevenidos para censurar que para tributar alabanzas; con una invencible predisposicion á reprobarlo todo; poco preparados á que nada nos contente. Entendámonos entónces; porque si tal es vuestra disposicion y vuestro humor, inútil es

tratar de agradaros, y ménos quien profesa tolerancia, mansedumbre y general benevolencia, no por eleccion, por temperamento.

Luégo, y esto es lo peor, ¿qué tema, qué argumento, qué proposicion puede elegirse, dado ese mal humor y pésima disposicion, que no despierte en nosotros prevenciones irresistibles?—A las primeras palabras ya está el orador juzgado: «Ese hombre es retrógrado, restaurador, estacionario, lento, poco progresivo.....; ó, por el contrario, innovador, rápido infinitamente progresista, demócrata, federal, central, individualista.....»; en una palabra, «malo, detestable, puesto que no piensa como yo ni quiere lo que yo.»—¡Mal año, en verdad, para festividades literarias!

Pero algo me consuela y anima al veros aquí congregados. Distraccion, descanso, algun solaz, creo que venis buscando á este lugar, esencialmente exento de pasiones y rencillas. De seguro dispuestos á aplaudir y hasta agradecer al que os ofrezca el pan de la investigacion científica, puro y sin la levadura de rencores y de odios. A esto me encamino; á esto poco ménos que me comprometo.

Supongamos ahora que todos somos hermanos, y cristianos, y españoles, y ya, al fin, por hoy, capaces de convenir en algo. Supongamos que tenemos un lenguaje comun, heredado, creo que legítimamente, de nuestros buenos padres, no derogado expresamente todavía, aunque no poco transformado y hasta maltratado por voluntad de la mayoría y por sufragio universal. Supongamos que esta corporacion, conservadora (¡no hay que asustarse!) de este mismo lenguaje, todos los dias se afana por fijarlo, purificarlo y darle esplendor; y que el último de sus individuos,

por su propia exclusiva cuenta, os propone una sencillísima idea, ó del todo nueva, ó hasta ahora no convenientemente desarrollada, conducente, en su opinion, á fijar nuestro idioma y á facilitar su uso: ¿me concederéis vuestra atencion, á condicion de ser estudiadamente breve y otro tanto claro al exponerla?—Y puesto que veo muestras afirmativas, voy á descubrirla, casi pesaroso de tanto preludio.

Entre los medios que pueden adoptarse para fijar un idioma y facilitar su uso, ninguno tan eficaz como la esmerada formacion de su inventario, y la publicacion metódica de sus reglas y especialidades bien observadas y comprobadas. *Diccionario* y *Gramática*.

Y séame consentido observar, con no disimulada complacencia, que esta Academia, tan laboriosa como la que más entre todas las Academias, acaba de publicar la undécima edicion de su *Diccionario*, sin duda la que más alteraciones y reformas contiene, comparada con las anteriores. Y en cuanto á la *Gramática*, tambien grandemente reformada y mejorada, está en punto de inmediata publicacion. No creo que en los anales de ninguna de estas corporaciones, necesariamente lentas en todas sus obras, se registre un año tan aprovechado: ¡salir en uno mismo el *Diccionario* y la *Gramática* de nuestra lengua, poco ménos que nuevos y cuidadosamente concordados.....! El público los censurará, y con el tiempo los corregirá tambien; pero no negará, con justicia al ménos, la virtud de la laboriosidad, entre españoles algo escasa, á una corporacion que la ha conservado como tradicion, al traves de las revoluciones y vicisitudes, desde la época de su fundacion hasta nuestros dias. Y si ha de caer ó dejar de existir en su actual forma, por cier-

to que no se dirá que es en castigo de inercia, y de esterilidad tampoco.

¿Qué es lo que le falta á nuestro idioma, se dirá, si tiene ya el inventario de su ponderada riqueza, y el código de las leyes que han de observarse en el uso y empleo de ese caudal?—Mucho, en mi sentir, todavía; y aquí imploro toda vuestra benévola atencion con la eficacia y la íntima conviccion que caracterizan á los *proyectistas*.

Un diccionario es el catálogo alfabético de las voces de una lengua, ciencia ó materia, con sus definiciones y explicacion bastantes para comprenderlas si se encuentran ya empleadas, ó para emplearlas con exactitud y oportunidad.—Antiguo es el tal sistema; acaso tanto como el órden alfabético, que no es fácil averiguar á qué autoridad se debe, al paso que excede á toda ponderacion en lo caprichoso y lo arbitrario.

No os sobresalteis al oir que á invencion tan caprichosa, tan empírica, haya condescendido en apellidarla *sistema*. Concedámosle el título y honores de *órden* establecido, con la precisa condicion de que no aspire á que la llamen *método*.

Jamas ha enseñado nada á nadie, sino por casualidad, el órden alfabético. Tales son, de várias y complicadas, las causas y orígenes de cada idioma, tan incierto su influjo, tan desconocidas en su mayor parte las vicisitudes y variaciones de cada palabra hasta presentarse como la usamos, que la coincidencia de tener una ó más letras comunes no significa ni indica á menudo la menor afinidad entre ellas. Curioso por demas sería el catálogo de las palabras, casi idénticas, que en nuestro idioma tienen, sin embargo, los sig-

nificados más opuestos.—De donde procede que el que se proponga jugar sólo á los despropósitos, no tiene más que entretenerse en leer de seguida una columna de cualquier diccionario. Como que el artificio con que se forman, una vez escritos los artículos, parece más juego de lotería, ó lista de nombres propios en las tablas del correo, que nada científico ni racional.

Citar abundantes ejemplos en comprobacion de esta verdad, sería detenernos en cosa de que todos teneis hecha experiencia; exponiéndonos á perder toda seriedad al observar cuál se complace la casualidad en presentar juntas, en los diccionarios, las cosas más encontradas y chocantes. Hagamos una pequeña prueba, sin embargo, abriendo por cualquier parte, por donde salga, el de la undécima edicion.

Página 164: *Caza*..... *Cazabe* (especie muy grosera de pan)..... *Cazo* (trasto de cocina); *Cazon* (pescado).

Pág. 323: *Escándalo*..... *Escandallo* (sonda); *Escanda* (especie de trigo); *Escandir* (recontar las sílabas de un verso).

Pág. 324: *Escara* (costra); *Escarabajo; Escaramujo* (arbusto); *Escaramuza; Escarapela;* etc.

Pág. 414: *Hipo; Hipocras* (bebida); *Hipócrita; Hipocampo* (pez); *Hipocondría.* (Aunque en éstos, parte de la culpa la tenga la cultísima lengua griega.)

Pág. 415 y siguiente: *Hogaño; Hogar; Hogaza; Hoguera; Hombre; Hombro.*

Pág. 484: *Mandra* (majada de pastores); *Mandragora; Mandria; Mandril.*

Pág. 492 y siguiente: *Mariposa; Mariquita; Mariscal; Marisco; Marital.*

Pág. 595: *Perilla; Perillo* (golosina); *Perineo* (anatomía); *Perinola.*

Pág. 750: *Titan; Títere; Tití*.....!

¿Qué hacen juntos unos términos tan disonantes, tan contrarios, tan enemigos?—¿Cómo en el silencio de la

noche no sentimos sus altercados, sus riñas, sus quimeras? —De propósito buscadas, no se hallarian uniones tan absurdas, y hasta sacrílegas, como las que inocentemente va tejiendo el que dedica sus ocios á distribuir artículos por órden alfabético. «Encuéntrese cada uno fácilmente cuando se busque.....» A esto se limitan las modestas pretensiones de un lexicógrafo; nada de razon ni de método.

De aquí ha provenido siempre la ruina de todos los sistemas y clasificaciones arbitrarios; de la rídicula, de la escandalosa vecindad de seres en nada semejantes, y que parecian estar clamando siempre por que los trasladasen y llevasen á la compañía de sus hermanos y más cercanos parientes. Ejemplo es la misma inmortal obra del gran Linneo. Habia logrado clasificar toda la naturaleza, haciendo su poco ménos que completo inventario, esto á la edad en que apénas habia tenido tiempo de observarla; y al llegar al complicado reino vegetal, á quien debe su imperecedera gloria, creyó poder ser impunemente arbitrario, fijando los caractéres distintivos en los órganos sexuales, y su combinacion y su número, como en perpétuo recuerdo de la famosa induccion que le condujo á inferir, y no desacertadamente, que todas las plantas tenian sexo. Sexual llamó, arrogante, á este sistema, y criptógamas á aquellas cuyos casamientos son secretos, ó como si dijeramos *solamente civiles*, y hasta *inciviles* tambien.—¿Qué sucedió?— Que la ciencia, que en sus manos tanto adelantára, atrasó en el método; quedando el sistema sexual como clave arbitraria para aplicar á cada planta una estéril nomenclatura; pero con el inconveniente de tener á una gran parte de ellas mal aposentadas, desterradas, incomunicadas con sus parientes y afines.—No lo

hizo todo Linneo en la botánica, dejando gloriosa y útil tarea á sus sucesores Jussieu y Decandolle. A éstos se debe la clasificacion y método por familias.

No lo ha hecho todo la Academia, ni cuantos, aprovechando sus trabajos más ó ménos disimuladamente, aunque en general torciendo el gesto como en señal de desaprobacion, unos mecánica y mercantilmente, los ménos con alguna tendencia patriótica y filológica, han contribuido á formar la enorme lista de nuestros diccionarios. Estará, si se quiere, casi inventariado el castellano; pero con el mismo abandono que los simples y los compuestos en droguería ó botica, muy á gusto y para comodidad del mancebo ó regente, pero sin ningun intento de clasificacion racional.— Es necesario, es indispensable *desdiccionarizar* ahora el idioma, consiéntase esta horrible palabra, pero la única que encuentro capaz de descubrir de una vez todo mi actual propósito.

Nada hay en la naturaleza que no pueda sujetarse á cierto órden; no hay sér alguno tan aislado y solitario, que no tenga puntos de conexion y afinidad con otros seres; y de las de éstos con otros, en una progresion indefinida, nacen esas cadenas ó series, que tanto ilustran, que tanto enseñan, presentando la creacion distribuida en familias y clases naturales. Raro sería, segun esto, que sólo resultasen rebeldes é incoercibles á toda clasificacion los signos destinados á representar todos los seres, todas las ideas, todas las cosas.

Al huir de lo arbitrario y antojadizo en materia de clasificacion, claro es que dejamos proscritas cuantas pueden formarse fundándose en los caractéres exteriores, en las sílabas iniciales, que es el sistema lexicológico, y lo mismo en

las desinencias y terminaciones, que es el de los catálogos de rimas. Quédense los unos y los otros para socorro de necesitados en determinadas circunstancias, con tal que nadie les atribuya ni intencion filosófica, ni posibilidad de prestar enseñanza en ningun caso. Mi presente objeto se reduce á investigar si las palabras de un idioma son capaces de cierta clasificacion natural, y por lo mismo perpétua y constante, y á dar de ella una ligerísima idea, aunque limitada tan sólo á los verbos castellanos, en cuanto cabe en los estrechos límites de un discurso inaugural; dejando la completa ejecucion del proyecto para otra ocasion más oportuna, y manos más diestras y experimentadas. Creo suficientes las indicaciones que preceden para poder fijar ya las secciones ó partes de este desaliñado discurso. Lo primero es el necesario trabajo apologético cuando se trata de una idea nueva, cuya utilidad no se presenta á primera vista, y que corre peligro de ser caracterizada como utópia literaria, ó como mera curiosidad y estéril pasatiempo. Resta luégo hacer el ensayo y establecer los preliminares y las más elementales bases de la tan ponderada clasificacion. Materia muy sutil y dificultosa, esta última, como siempre que se pregunta á la naturaleza sus leyes, tanto en el órden material como en el moral; pues siempre ha contestado siguiendo su ordenada marcha, y repitiendo incesantemente: «¡Obsérvame, obsérvame!» —Hay para mí, en medio de la dificultad que ofrece una materia tan abstracta, el consuelo de que bien podré andar desacertado al tratar de arrancar á la naturaleza el secreto de la clasificacion del lenguaje; bien podrán ofrecerse contra ella reparos invencibles; bien presentarse otras desde luégo preferibles: en nada deberá des-

virtuar esto el pensamiento que propongo, en nada obstar á su utilidad y *practicabilidad*. Una clasificacion mejor que la mia vendria á consolidar mi proyecto, léjos de contradecirlo y derribarlo.

Entiéndase bien : no se trata de ofrecer, despues de tanto aparato, una simple *Copia verborum*, ó sea almacen de las palabras y frases más usuales y precisas para romper á escribir ó hablar nuestro idioma. Apénas habrá ninguno que no tenga ya dispuestos, para el consumo de los necesitados, catálogos tan estériles como éstos. Desde Erasmo y Luis Vives, todos los apasionados á cualquier lengua, viva ó muerta, nos han dejado ensayos de esta especie. Baste observar que ninguno de ellos, que yo conozca, tiene siquiera intento de clasificacion, para que no puedan confundirse con un proyecto que será inútil y hasta imposible, pero que precisamente consiste en buscarla y descubrirla á toda costa.

Para demostrar toda la franqueza, toda la sinceridad que exige la buena correspondencia en vista de vuestra benévola atencion, como resúmen de la apología de mi proyecto, voy á presentaros el epítome de mis razones, llamadlas ilusiones si quereis, para ofrecéroslo con muestras de tanto apego y cariño. Figuraos, como yo me lo figuro con la mayor claridad, un extranjero, mejor un español, en el calor de la composicion en verso ó prosa. Vedle abrazado con todos los diccionarios españoles conocidos,—abrazo que rayaria en inmenso, segun es su tamaño y su número;—apurado por falta de un término; dudoso acerca de si lo habrá; y entre tanto, quejoso, desengañado de todos aquellos TESOROS, pero tesoros mal barajados y revueltos, muy buenos para explicar lo que se tiene delante y se quiere entender; pero

inútiles, del todo inútiles para hallar lo que no se conoce, ni se posee, ni se sabe si existe. Vedle, como, cansado de un vago interminable buscar, los desprecia, los arroja, arrepentido de haberlos adquirido á tanta costa; pasea inquieto el aposento de su recogimiento y de su estudio, y partiendo de ideas, de vocablos conocidos, pugna por hallar la piedra que necesita para cerrar su mosáico de palabras, dudoso entre si no existirá lo que busca, ó no hallará lo que existe y tan obstinadamente se le oculta. No le bastan para tranquilizarse, ni el prolijo estudio, ni el consejo de los clásicos ni de los amigos; y tiene al cabo que seguir adelante en medio de la misma incertidumbre, y expuesto á que por fin un niño ó el criado le apunten el término que se afanaba por hallar. A este suplicio y contratiempos estamos condenados todos, en tanto que no se formen catálogos y repertorios más racionales que mecánicos. El *manquer le mot* será el tormento de los escritores y oradores, hasta que el caudal de los idiomas se halle inventariado tan ordenadamente, que el más torpe en un momento pueda cerciorarse de si hay ó no en el que maneja lo que le hace falta.

No temais que la clave de ese mismo repertorio sea muy difícil de comprender, muy complicada y demasiado sutil. Porque, ó se acierta ó no á encontrar la clasificacion natural de las palabras. Una vez hallada, el sistema, la clave, podrá comprenderse y exponerse en una cuartilla de papel. Si esto no se alcanza, buena prueba de que no se ha dado con la tal clasificacion.

Hallada, lo estaria para todos los idiomas conocidos, más digo, para todos los que son posibles; porque lo que es ver-

daderamente natural no puede ménos de ser tambien universal; y las clases, las secciones, las familias no pertenecerian á ninguno especial, como que serian distribucion de los signos por sus caractéres esenciales, no por su material construccion. Por manera que las casillas, los aposentos, serian y serán unos mismos para todas las lenguas, resultando más ó ménos poblados segun su riqueza respectiva, en cada uno de los ramos y clases de palabras.

Podrá ser bien intencionada utopia la lengua universal; la posibilidad de una clasificacion natural de las palabras es una verdad absoluta, que sólo está esperando la meditacion y el trabajo que siempre exigen las grandes abstracciones, para revelársenos y pasar al caudal corriente de los conocimientos humanos. De temer es que pase largo tiempo entre la concepcion y la ejecucion: que la mayor parte de los inventos útiles, tanto en el órden moral como en el físico, tienen su período de gestacion; siendo muy extraño el que el invento y la perfeccion vengan de una mano misma. Pero no importa: que se abra esta nueva region de exploracion y de investigaciones científicas útiles, y sea quien la Providencia determine el afortunado que las complete, publique y generalice.

Considero muy importante observar aquí, para evitar equivocaciones, que no es el proyecto de que tratamos una parte de la *Gramática general*, ni de ningun otro estudio hasta ahora conocido. La *Gramática general* define los signos y da reglas para su racional empleo, prescindiendo absolutamente de su valor y significacion respectivos; al paso que el repertorio, el inventario metódico, aceptando la definicion de los signos, tiene por esfera de accion ese mismo

valor y significado, colocando juntos á los homogéneos, más próximos á los más afines, más distantes á los ménos. Bien podria, despues de obtenerse la más cumplida y atinada clasificacion de las palabras todas, hacerse de ellas una aplicacion verdaderamente antigramatical; y por el contrario, con sujecion á las reglas gramaticales, clasificárselas desatinadamente.

Tampoco ha de confundirse la idea que estoy desarrollando con un método para obtener la mayor propiedad en el lenguaje, ni ménos con una coleccion de tablas comprensivas de la sinonimia de uno cualquiera. Porque, si bien debe confesarse que la completa ejecucion de mi proyecto no es de esperar sino del conocimiento perfecto de la propiedad y de la sinonimia de las voces, convendrá repetir que su objeto es poner á disposicion de todos, á cualquiera hora y con la mayor facilidad, el caudal íntegro de un idioma; de tal suerte, que no pueda ocultársele, llegada la necesidad, una sola palabra que convenga á su propósito, aprovechando y apurando así todos,—no los pocos oradores y escritores privilegiados, como ahora,—las riquezas de la lengua en que traten de darse á entender.

Ha sido hasta hoy, en todas las edades y en todos los países, revelacion *gratis data* esa de la propiedad del lenguaje, capaz de perfeccionarse con el estudio y la observacion; pero siempre dón, más bien que adquisicion y conquista. ¿Quién no conoce algun sujeto, y muy especialmente señoras que no se precian de esos esmeros y estudios, pero que, guiados por un tino instintivo, ademas de su exquisita organizacion y gusto, ya sea que nos saluden, ya que refieran algun lance, en sus cartas, en todas sus produc-

ciones en fin, ello es que han de emplear de contínuo y siempre palabras tan escogidas y oportunas, que decaeria el encanto que causan con la más pequeña alteracion ó substitucion en ellas?—¿Quién, por el contrario, no puede señalar muchos sujetos, y muy cultos y provistos de erudicion y lectura, que en cuanto dicen y escriben se quedan siempre un escalon más abajo ó más arriba de la estricta propiedad, siendo perpetuamente incorrectos hasta para dar los buenos dias, esto sin perjuicio de su dignidad y su saber?—Error, y muy grave, y mejor dicho, estado mortalmente erróneo, el de no atinar á manejar con felicidad y con soltura lo que manejamos ántes que los piés y las manos, y mucho más de contínuo que estos mismos miembros. ¡La palabra!—Ahora, bien distribuido, clasificado racional y naturalmente el lenguaje, todos encontrarémos tan á mano el preservativo y el remedio contra los pecados de *palabra*, que, si no elocuentes, atinados y exactos podamos aspirar á ser. No lograrémos hacer felices en la expresion á los que no lo sean, pero sí correctos á todos, por muy poco deseo que tengan de serlo.

Rara vez, añadiré, deja de ser curioso y agradable lo útil, hablando de los conocimientos humanos; y lo digo por la obvia é inmediata aplicacion de este método á la comparacion de las riquezas respectivas de los diferentes idiomas. Porque ello es indudable que, siendo casi igual el caudal y surtido de nombres de seres, ó sustantivos en todos, poseen algunos mayor riqueza en calificativos, y mayor sutileza en sus diferentes grados, ó sea en los adjetivos y los mal llamados adverbios modales; al paso que hay algunos en que raya en inmensa la opulencia en signos de accion, de movimien-

to, de afeccion y pasion, etc. Decir que careceria de útil curiosidad el inventario de las faltas que el castellano tenga, limitándonos, v. gr., á los verbos, comparado con el inglés ó el aleman, sería negar que de reconocerlas á remediarlas no suele ser mucha la distancia; sería desconocer que la introduccion de una buena palabra más en un idioma equivale á la de millares de ideas literaria y filosóficamente útiles, como se comprueba observando las combinaciones y modificaciones que dan luégo de sí, puestas en contacto con las demas. Entónces sólo sería cuando podriamos continuar orgullosos ponderando nuestras riquezas y recursos, ó deponer la arrogancia, reconociendo nuestra pobreza, segun fuese el resultado de esta imparcial é infalible comparacion.

Forzoso es confesarlo : muy expuestos andamos á la exageracion los que presentamos y apadrinamos una idea que tenemos por hija legítima nuestra, empeñados en recomendarla y protegerla hasta ponerla en carrera. Temeroso de que me considereis *proyectista* apasionado, más bien que *expositor* modesto, prescindo de muchas otras ventajas que podria atribuir á mi sistema sin gran riesgo de equivocarme; y contra mi primer propósito, tambien casi prescindiré de contestar á las dificultades y objeciones á que está sujeto. No hay aquí otras verdaderas dificultades sino mi insuficiencia y mi falta de actividad y de vida ya para dejarlo adelantado. A lo demas es muy fácil satisfacer. Sin embargo, bueno será salir al encuentro á una de las más formidables.

La más especiosa de las objeciones que se opondrán es el inmenso trabajo que supone la ejecucion del proyecto.— «Una clasificacion, buena ó mala, se dirá, más ó ménos arbitraria, y ademas la ordenada y juiciosa distribucion de to-

das las palabras en clases y secciones, y luégo en familias, géneros y especies, no es obra para un hombre solo, por muy activo, laborioso y asiduo que le supongamos.—Algo de verdad es preciso reconocer en esta observacion, á pesar de que un hombre solo nos legó el *Tesoro latino*, como Roberto Estéban, y otro el *Tesoro griego*, como su hijo Enrique; en pocos años terminó Johnson su inmortal diccionario, y no en muchos más nos ha dado el inmenso nacional frances moderno, Bescherelle..... Pero suponiendo que para dar fruto el proyecto se necesitase más de una vida y el sacrificio de más de un hombre, no es la tarea de que hablamos como un cuadro empezado por hábil mano; ántes bien es labor de las que puede empezar uno y seguir otro, sin el menor inconveniente. Fuera de que, el trabajo se repartiria y ejecutaria simultáneamente entre muchos, sin que resultase defectuoso, con tal que partiesen de unas mismas bases. Definidas debemos considerar ya todas las palabras, ó muy desgraciado hemos de reconocer que ha sido el trabajo de nuestros lexicógrafos; y el de clasificacion, aunque prolijo, delicado y entretenido, no es inmenso.—Hágase la prueba con un pliego de un diccionario cualquiera, y con tal que nos hallemos bien impuestos y empapados en el espíritu del sistema que se adopte, se verá que es labor que cunde, ademas de premiar desde luégo, por su utilidad, por su curiosidad, y porque descubrirá de contínuo propiedades nuevas y secretos para emplear las palabras.

Tampoco hay que temer, como á primera vista parecerá, lo abultado y extenso de la obra. Yo la concibo como natural apéndice de un buen diccionario; y establecida la clave, y valiéndose de recíprocas llamadas y remisiones del uno al

otro repertorio, y de números de órden para señalar el de los artículos, muy pocos cuadernillos de papel bastarian para el repertorio metódico, aunque, una vez completo, no habria quien se parase á ponderar su extension, y sí muchos, todos creo, á celebrar la curiosidad y utilidad de un artificio tan feliz.

Basta: los proyectos de este género, ni se impugnan ni se defienden bien hasta que se ponen en práctica. Acerquémonos, por tanto, más á nuestro verdadero propósito.

Clasificacion..... Detengámonos aquí un momento. Tal es el nombre que lleva una de las más nobles y más frecuentes operaciones de nuestro entendimiento; que acaso aspira, y no en vano, al título de facultad separada. En ella nos ejercitamos casi de contínuo y con gran fruto; á sabiendas, y cuando ménos lo imaginamos, lo hacen los sabios, y lo hacemos los que no lo somos; los unos con particular esmero y proponiéndose grande exactitud, los otros dejándonos llevar de semejanzas, afinidades y pequeños caractéres, á las veces insignificantes, caprichosos, equívocos imperfectamente observados. Presentad, si no, al sabio un objeto nuevo, una piedra, un mineral, para él desconocido, y le veréis cómo á fuerza de observarlo, va dándole colocacion, primero en una clase generalísima, en uno de los llamados reinos de la naturaleza, luégo en otra ya más limitada y concreta, y sucesivamente en una seccion, y familia, y género, y especie, y variedad, hasta dejarle en el lugar en que precisamente debe hallarse; señalando, por fin, el nombre que le corresponde en la ciencia, y si se ofrece por primera vez, y no lo tiene en ella, imponiéndole uno propio y conveniente. Fijaos en el sistema, ménos filosófico, ménos artificioso, pero

más natural y práctico, que emplea el vulgo, es decir, casi la respetable totalidad de la especie humana, al tropezar con un sér cualquiera, cuyo nombre y propiedades ignora. Él no se quedará sin clasificar, por muy extraño que sea, y aunque haya venido á caer en las manos del individuo más ignorante de aquella numerosísima comunidad. «He visto»—dice—«un animal»—primer paso dado ya para llegar á una juiciosa clasificacion—«grande, mucho más que un toro»—obsérvese lo mucho que llevamos adelantado para clasificarle—«de notable empuje y brío, si corresponde á lo robusto de sus cuatro remos»—poco difiere esto esencialmente de lo que denota la nomenclatura clásica, llamándole cuadrúpedo mamífero.—«No pienso que sea fiero, ni que se alimente de carne: ¡adónde íbamos á parar, si casi le arrastra la barriga, que, como digo, es enormísima! Luégo, que no tiene garras, sino tres como cascos ó pezuñas en cada pata, y es mal aparato éste para asegurar y desgarrar la presa.....» y así sucesivamente hasta fijarse en los principales caractéres distintivos del cuadrúpedo llamado rinoceronte. Basta: un regular observador ve en cada sér que se le presenta caractéres y cualidades que le van poco á poco encaminando á una clasificacion acertada.

Hay talentos, hay organizaciones particulares, y mejor dispuestos que los otros á esta operacion mental tan importante, que sin ella sería imposible toda generalizacion, toda universalidad, toda induccion, y no pasarian de observaciones especiales todos nuestros conocimientos, sin que osásemos nunca formar abstracciones, inventar clases ni especies, ni deducir consecuencias, es decir, dar paso alguno de lo conocido á lo desconocido. Cortas alabanzas son éstas de los

singulares méritos de una buena clasificacion; su desarrollo exigiria una disertacion aparte; trabajo intempestivo aquí, ademas de muy superior á mis fuerzas.

No hay que olvidarlo: tal es la indispensable necesidad de la clasificacion algun tanto metódica, què los mismos filósofos, que al parecer la desconocieron, vinieron á buscarla y adoptarla más ó ménos explícitamente en sus inmortales obras.—Pues ¡qué! ¿irémos á imaginar que Aristóteles, que Plinio emprendieron, el uno la historia de los animales, el otro la de toda la naturaleza, sin haber proyectado ántes maduramente, y elegido despues con juicio, un sistema de clasificacion?—Estos portentos del saber humano, estos filósofos privilegiados, á quienes no asustó la totalidad de cuanto en sus tiempos se sabía; estos verdaderos enciclopedistas, difícil era que se arrojasen á describirlo y explicarlo todo sin estar dotados del verdadero genio de la clasificacion y de la ordenada distribucion de los seres.

En este punto no tiene igual, ni semejante siquiera, á mi entender, el príncipe de los filósofos, Aristóteles.—No me detiene, al formar este juicio, ni al emitirlo ante un concurso tan respetable, la especie de escándalo que rodea su nombre desde que triunfa sin competencia la filosofía moderna, inductiva, experimental. Para suceder á la peripatética era necesario desacreditarla; pero no cabe duda en que lo hizo con pasion, y por lo mismo con exceso, desconociendo el mérito del tecnicismo, y del ingenioso artificio que, á fuerza de constancia y de observacion, habian logrado reducir á reglas y fórmulas casi materiales toda la teoría de la recta argumentacion, y el eficaz infalible antídoto contra toda falsa deduccion y sofisma. Considerado como clasificador, nadie

le negará aquella perspicacia en la observacion de los caractéres más esenciales, aquel peculiar tino de distribucion acertada, sin los cuales nunca se llega á merecer ese dictado.

En cuanto á Plinio, ménos creador, ménos elevado, pero laboriosísimo compilador de trabajos ajenos, sin dejar de ser infatigable observador de la naturaleza, hasta sacrificar su preciosa vida á la más noble curiosidad, baste decir que en trenta y siete libros reunió cuanto en todas materias comprendian los conocimientos de su tiempo en las ciencias naturales, para inferir que debió tambien hallarse dotado, y en grado muy alto, de ese espíritu clasificador.

Entre los modernos, pocos ó ninguno se han atrevido á emprender tan universal tarea, y por lo mismo que la suya era más circunscrita y limitada, era muy natural que sus clasificaciones resultasen más perfectas y acabadas. El que habla de espíritu clasificador no puede olvidar los ilustres nombres de Linneo, que es el príncipe, de Jussieu, de Decandolle, de Cuvier, de Geofroy Saint-Hilaire, entre los naturalistas; sin dejar de mostrar admiracion y respeto á los médicos y los químicos, entre los que se cuentan insignes clasificadores; y aprecio bien merecido á los bibliógrafos, que tambien se han distinguido formando sistemas á que someter todas las producciones literarias antiguas y modernas, huyendo del órden alfabético, que no sólo merece á sus ojos la acusacion de arbitrario y empírico, sino la mucho más grave de conspirador á favor de la indolencia y de la incuria, por lo mismo que ofrece abundante erudicion mecánica, sin exigir para gastarla ningun estudio.

Llegó á ser manía bastante general, por no decir vicio, éste de la clasificacion. En mis dias, me abstengo de lla-

marlos nuestros, porque veo aquí mezclada la generacion que se va con la que acude á ocupar nuestro lugar, la del desengaño y la de las ilusiones; en mis dias, repito, he visto muestras muy curiosas y exageradas de este espíritu clasificador. Un aplicado naturalista, acostumbrado á formar para todo tablas analíticas y cuadros sinópticos, concibió y me comunicó la idea de clasificar la especie humana por sus caractéres y diferencias exteriores, hasta el punto de que cada individuo tuviese su nombre genérico y específico invariables, que le distinguiesen y condujesen á identificar su persona muy cómodamente. Grande invencion, sin duda, no sólo para perfeccionar el censo de la poblacion actual, sino para designar á cada hombre, para bien ó para mal, de una manera inequívoca, con gran provecho de la policía y de los establecimientos penales, y sin necesidad de recurrir á una de las más bárbaras invenciones: hablo de la marca con hierro candente de los criminales graduados de incorregibles. Dividia, pues, la especie humana en dos clases generalísimas, la de los individuos perfectos, que llamaba *eumorfos*, hermosos, y la de los imperfectos, á los que daba el nombre de *eleipsos*, defectuosos, feos. Mas no se vaya, por eso, á pensar que los *eumorfos* fuesen otros tantos tipos de belleza; que en lo físico, lo mismo que en lo moral, lo más exquisito de la fealdad suele más bien encontrarse en medio de la simetría y la regularidad que entre la extravagancia y la desproporcion.—Las secciones eran todas por este mismo estilo: dividíanse, así los bellos como los feos, en próceres, *megalos;* medianos, *metrios*; y pequeños, *micros.*—No proseguiré por no distraer demasiado la atencion de este respetable concurso con los pormenores

de tan original clasificacion; pero no dejaba de tener su gracia, y hasta su utilidad, eso de aplicar un nombre apropiado, constante, indeleble, á cada hombre, tan á la simple vista como el experimentado botánico lo hace con una conocidísima planta.—*Eleipsos*, *metrios*, *kufos*, *opistos*, denotaba un individuo irregular ó feo, de mediana estatura y cargado de espaldas.—*Eumorfos*, *megalos*, *falacros*, otro regular, de aventajada estatura, pero calvo..... Perdóneseme tan importuno greguizar y grecizar, y sirva esta ligera indicacion de un sistema entero, como muestra de la exageracion y casi manía clasificadora científica.

Desalienta, volviendo á nuestro propósito, el considerar que para clasificar todas las palabras es indispensable clasificar todas las cosas; siendo, por lo mismo, ocasionado este trabajo á parar en otro *arbor scientiæ* como el de Raimundo Lull, por todo resultado. Una observacion muy elemental y muy exacta podrá servir para animarnos en la empresa. La mayor parte del imponente volúmen de los diccionarios consiste en *nombres* de los que llamamos *sustantivos*. Éstos, naturalmente, son *seres*, ya corpóreos, ya incorpóreos, creaciones de nuestro entendimiento, abstracciones, signos de concepciones metafísicas.....; pero todos, sin excepcion, pertenecen al lenguaje universal, no al peculiar de una nacion ó pueblo. No hay *sér conocido* sin nombre, y juntos penetran los nuevos con su signo, trayendo ordinariamente el nombre con que los designa la nacion introductora. Pues bien; esta seccion inmensa, que forma la mayoría de palabras en todos los idiomas, está ya clasificada, y sería temeridad y desperdicio de trabajo y de tiempo el insistir en una cosa que ya está hecha, y en mejorar lo que está bien

hecho. Las ciencias naturales se hallan bastante adelantadas en este punto, y presentan nomenclaturas completas de todos los seres corpóreos.—Las físicas, las matemáticas, las químicas, definen y clasifican, así los seres que son producto de composiciones, descomposiciones y combinaciones científicas, como las abstracciones é inducciones, las cualidades y propiedades que resultan del profundo estudio de las leyes de la naturaleza.—Las ciencias médicas definen y distribuyen ordenadamente, así los órganos de todos los seres vivientes, como las alteraciones que padecen por uso, por abuso, por decadencia y por contagio, y los medios que la naturaleza y el arte presentan para neutralizar estos efectos, para extinguirlos ó para dulcificarlos.—La filosofía, hablo ahora de la lógica, la crítica, la metafísica, la moral; la teología, y en esta palabra comprendo, así las vanas y erróneas *teologías*, como la pura, la verdadera, la revelada, la católica; la jurisprudencia en toda su amplísima extension, y la de sus estudios hermanos, como la legislacion, la política, la economía, la estadística, tienen ya su lenguaje completo y sus clasificaciones y sistemas y métodos.—La historia, comprendiendo las antigüedades de todos los pueblos y la cronología, tiene tambien ya fijos y establecidos los suyos.—La literatura, en todos sus ramos, comprendiendo la estética; las bellas artes, que son una parte interesante de la literatura de las naciones; las artes y los oficios mecánicos, respetables auxiliares, si no principales causantes de las comodidades de la vida culta..... todos, todos los ramos del saber humano, multiplicados de un modo tan prodigioso, que hemos llegado á formar artes y poco ménos que ciencias de la *compsilogía*, arte de adornarse; de la *sureonomía*,

arte de afeitar y de afeitarse; de la *kynegética*, el de cazar con perros; de la *alieutica*, el de pescar con anzuelo.....; todos estos estudios, los grandes y los pequeños, los importantes y los de pura vanidad, se han revestido de formas, nomenclatura y clasificaciones científicas; poseyendo cada uno su terminologia, en que se hallan comprendidos todos los nombres sustantivos, todos los seres sobre que versan sus investigaciones; y claro está que á sus tratados especiales se ha de recurrir para formar los catálogos, los inventarios de los términos de cada uno. Porque sería presuncion el intentar mejorarlos, despues de los esmerados trabajos ya publicados en esta materia. Y si asusta la inmensidad de los objetos y especies que habrian de clasificarse, téngase presente que el diccionario usual y vulgar, á que reduzco mi actual propósito, debe ser muy parco en esto de tecnicismo, dejando casi todos los detalles reservados á los diccionarios de ciencias y artes.

Si el presente desaliñado discurso pudiese, sin inconveniente, convertirse en extensa memoria, no convendria omitir un ensayo de clasificacion de los nombres genéricos, tanto vulgares como científicos. No cabe hacerlo dentro de los estrechos límites de una sesion pública; bastando para darme á entender, sin perjuicio de completarla y corregirla en otra ocasion, la siguiente lista de las secciones en que podrian distribuirse los expresados nombres.

Gramática general y las particulares; geología, cosmografía, geografía, historia natural, física, química y medicina, cirugía y farmacia, éstas formando el grupo que comprende todos los estudios puramente físicos. — Ciencias matemáticas y sus aplicaciones, especie de abstraccion me-

tafísica, buen intermedio para pasar á las ciencias que no tratan de la naturaleza corpórea.—Filosofía en todos sus ramos abstractos, segun la significacion vulgar de esta palabra.—Teología, con el conocimiento de todos los sistemas de religion y de culto, y la polémica ó controversia.—Jurisprudencia, legislacion, política, economía y estadística.—Historia, cronología, antigüedades.—Literatura y estética.—Bellas artes, con la música.—Artes y oficios, con una clasificacion cualquiera, como de absoluta necesidad, de conveniencia inmediata, de lujo y de recreo.

Lo que importa es poner bien á la vista del lector el cuadro de esta ú otra clasificacion de los nombres, porque no tanto le interesa la perfeccion como la claridad que le alumbre para irse derecho y sin titubear á la seccion en que debe encontrar el nombre que le hace falta. Cualquiera ve que la formacion de este catálogo razonado de nombres no exige ni mucho saber, ni un ímprobo trabajo. Adoptado el sistema, no hay sino verter en cada casilla el índice de la ciencia ó el arte respectivas, con una breve y sencilla definicion de cada término; procurando huir del tecnicismo científico en todas las muchas definiciones de seres que, si bien pertenecen á alguna ciencia, puede, sin embargo, asegurarse que son del dominio del lenguaje vulgar.

Así, desembarazados ya de los nombres, para cuya definicion y clasificacion teniamos por auxiliares á todas las ciencias, importa ahora decidir el número y clase de las demas partes de la oracion, respecto á las cuales hemos de encontrarnos sin tan poderosa alianza, y reducidos á nuestro propio discurso.

Poco es necesario decir acerca de aquella voz inalte-

rable, las más veces monosílaba, y que por lo indeliberada, y porque expresa una viva sensacion actual, ni palabra merece apellidarse. Hablo de la mal llamada interjeccion. Grito, suspiro, es casi igual en todas las lenguas; y si no fuese por la vanidad humana, confesariamos que las emplean, y con grande oportunidad, muchos animales entre los cuadrúpedos y las aves. El grito de dolor del perro, el de regocijo al reconocer á su perdido amo, el relincho del caballo, la voz de alarma de la gallina, el alerta del ganso, ¿tánto se diferencian de nuestras interjecciones?—¿Hay en éstas verdadera articulacion?—Por fortuna son muy pocas en número, aunque muchas más de las que en los diccionarios se encuentran; no hay quien no las comprenda todas, y ni merecen clasificacion especial ni son muy capaces de ella.

Parco seré al hablar de las llamadas preposiciones y conjunciones. No es ocasion ésta de quitarles el nombre ni de limitarles el oficio; reduciéndome á su clasificacion, sólo diré que unas y otras son tan poco numerosas, que no la necesitan, puesto que no hay cosa más inútil que las clases despobladas y, digámoslo así, desalquiladas en cualquier sistema.—¿De qué provecho serian, sino, las diez clases de relaciones que algunos atribuyen á las preposiciones, cuando en castellano se reducen ellas á solas diez y nueve?—No son mucho más numerosas las conjunciones, separadas de las locuciones conjuntivas, que mal pueden llamarse partes elementales de la oracion; sin embargo, si para tan pocos huéspedes se quieren habilitar las nueve estancias que les destina la gramática, quiere decir que vivirán muy holgadas, pero no me opondré, porque de resultas no ha de ex-

perimentar notable molestia el que trate de hallar la que le haga falta.

Subsista la clasificacion de los adverbios en los nueve grupos: de lugar, de tiempo, de modo, de cantidad, de comparacion, de órden, de afirmacion, de negacion y de duda, aunque no falta quien remita á las interjecciones todos los contenidos en las tres últimas clases. No conviene innovar, no es lícito reformar cuando no se ha de mejorar. Sólo sí consiéntase la supresion de todos los modales en *mente*, verdaderas locuciones elípticas, cuya base es un calificativo, y que colocadas entre los adverbios, producirian una duplicacion innecesaria.

Con estos ligeros apuntes hemos venido á parar en que en el arduo problema de la clasificacion del lenguaje sólo hay que contar con los sustantivos, los adjetivos y los verbos, debiendo todavía eliminarse los primeros, porque ya están distribuidos y clasificados, reduciéndose nuestro oficio á escoger el sistema que sea más usual y generalmente admitido.

Trabajos, y no ligeros en verdad, llevaba hechos para preparar la clasificacion de nuestros casi innumerables calificativos. Ya estaban para entrar en revista unos doce mil (!!), cuando me asusté de tanta gente. Pienso que me acontece lo que observaba Napoleon al graduar la capacidad de sus oficiales. «A éste, decia, no le cabe más que una brigada ó una division en la cabeza.»—En la mia no cabe tan numeroso ejército; fuera de que, no dispongo del tiempo indispensable para regimentarlo y disciplinarlo, y en una sesion como ésta no cabe presentarlo y hacerle desfilar. Contentémonos con el verbo; mejor dicho, con una seccion de ellos.

Verbo, segun el Brocense, es «la palabra que participa de número, segun las personas, y de tiempo.....» y añade con aire y humor verdaderamente pedagógicos: *Hæc definitio vera est et perfecta, reliquæ omnes Grammaticorum ineptæ.*— Pero su mejor anotador, sin asustarse con semejante anatema, lo define: «Voz que significa accion, pasion ó existencia, con várias terminaciones, segun los números, personas y tiempos.»—No me parece mal, como práctica, esta definicion de Perizonio; y considerando que todos comprendemos muy bien lo que es verbo, por más que nos cueste cierto embarazo el definirlo, añadiré tan sólo la definicion que da el *Diccionario*, undécima edicion: «La parte de la oracion »que designa accion ó estado, con expresion de tiempo y »persona.»—Basta; y para mi actual propósito no conviene recordar siquiera las diferentes especies que de ellos establecen los gramáticos. Al que se sienta necesitado de un verbo expresivo para significar un movimiento, una accion determinados, poco le importará que sea activo, neutro, defectivo, etc., el que se le presente. Más que los verbos tratamos de clasificar las necesidades que pueden ocurrir de ellos. Sin embargo, conviene adelantar aquí una division que es en realidad fundamental. Los hay primitivos y simples, en contraposicion á los derivados y compuestos; muy escasos los primeros en castellano, son, por el contrario, numerosísimos, y mejor dicho innumerables, los segundos; porque está en la índole de nuestro idioma formar verbos de casi todos los nombres, y no hay español á quien no se le alcance el método de generalizar y poner en accion un sustantivo, y frecuentemente un adjetivo tambien, reducido á anteponerle una partícula, generalmente de las inseparables, y cam-

biar la sílaba final en una de nuestras desinencias verbales *ar*, *er*, *ir*. ¿A quién no le habrá ocurrido ver á un rústico en la indispensable necesidad de un verbo; y cómo, desesperado ya, á pesar de mucho rascarse la cabeza, como estimulante del entendimiento y de la memoria, viene á contentarse con uno de socorro y de recurso, que lo significa todo: el curiosísimo verbo AQUELAR?! Y tan tolerantes somos en este punto, que todos los dias se presentan nuevos verbos, así compuestos, sin escándalo ni veto por parte de los custodios del lenguaje. Tenemos nombres á que llamamos *verbales*, pero pocos; al paso que los verbos, que por igual razon llamarémos *nominales*, ya lo he dicho, son innumerables.

Para confirmar esta verdad, voy á consignar una serie de observaciones, de hechos, que no deja de ser curiosa. De los nuevecientos cuarenta y siete verbos, salvo error, que tenemos en castellano,—inclusos algunos pocos provinciales —cuya letra inicial es la *A*, tan sólo noventa y seis pueden llamarse primitivos ó radicales en el sentido de no estar manifiesto el nombre sustantivo, adjetivo ó verbo castellano, de cuyo movimiento proceden.—Ménos fértil, sin comparacion, la segunda letra de nuestro alfabeto, comprende solamente ciento sesenta y cuatro verbos, y si se pregunta la razon de tan enorme diferencia, ademas de la predileccion á las vocales que es notoria en nuestro idioma, tenemos otra más concluyente, y es la singular facilidad que gozamos los españoles de poner en accion, vida ó movimiento á cualquier nombre, y á menudo á los mismos verbos, y hasta los adverbios, con sólo anteponerles la primera de las vocales, dándoles terminacion verbal. Como *amonedar*, de moneda; *apaciguar*, de paz; *asentir*, de sentir; *asignar*, de signar;

atemperar, de temperar; *avenir*, de venir; aunque, en esto de los verbos compuestos de otros, lo más comun es que á la introduccion y adopcion de los primeros se haya seguido el desuso de los primitivos componentes, y hasta que nunca hayan estado en uso estos últimos, por más que reuniesen las apreciables cualidades de muy significativos y de buen orígen, como *admitir*, *adherir*, etc. Pudiendo, por último, servir de ejemplos de esta manera de conversion de los adverbios en verbos, *aniquilar*, *anonadar* y acaso *amuchiguar* y *apocar*, si no se prefiere darles á estos dos por padres los calificativos *mucho* y *poco*. Los primitivos de esta letra no pasan de treinta y seis; pero los hay entre ellos singularmente bellos y expresivos: *balar*, *balbucir*, *bambolear*, *barrer*, *bazucar*, *berrear*, *birlar*, *borrar*, *bregar*, *briscar*, *bruñir*, *bufar*, son buenos ejemplos.

Continuando ahora el curioso recuento de las riquezas que, en punto á verbos, tendrémos que clasificar, es de observar que la letra *C* comprende no ménos que cuatrocientos setenta y seis. Pero sucede aquí lo que siempre cuando se observa que una letra se halla muy recargada, y es que una gran parte de este caudal proviene de la concurrencia de muchas palabras compuestas de otras, más ó ménos simples y primitivas, y de partículas inseparables ó de preposiciones antepuestas. Treinta y cuatro son los verbos que en nuestra lengua empiezan con la preposicion *con*, transformada en *com* cuando precede á *b* ó á *p*; ciento diez y siete los que llevan por primera sílaba la preposicion *con* pura y sin alteracion; en veinte y ocho verbos se convierte en *co* por razon de eufonía; seis llevan antepuesta la preposicion *circum*, latina, con muy leve alteracion, á pesar de que ni

ella ni alguna su semejante haya sido parte de nuestra rica herencia de aquel idioma; y por fin, veinte y seis van compuestos con la preposicion *contra* al principio. Total de los verbos que llevan por delante una partícula ó preposicion, más de doscientos. Siempre es un consuelo: en tan complicada clasificacion, el contar con poder prescindir casi del todo de los verbos así compuestos, porque el significado radical ya se habrá tomado ó se tomará en cuenta al clasificar las partes de la oracion á que los componentes correspondan.

Excusado es observar que la letra *C* es proporcionalmente estéril en verbos primitivos ó que tienen el aspecto de radicales. Redúcense á unos setenta y ocho, y son notables por lo expresivos, aunque poco usados los más de ellos, *cacarear, carpir, cascar, catar, cejar, cerner, cimbrar, cloquear, conculcar, conchabar, condir, conhortar, crespar, crispar, crispir, cundir, curtir, cusir, cutir.*

La más moderna y de las más pobres entre dichas letras, ascendida á esta dignidad no se sabe si por favor ó por capricho, y por lo mismo expuesta á cualquier desgracia *oficial*, la *Ch* sólo cuenta cuarenta y dos verbos en sus dominios. En compensacion, todos son expresivos y pintorescos; los más indígenas, producto espontáneo de esta tierra, y los catorce que pueden considerarse primitivos, de una particular gracia, áun entre los de su especie: *chafar, chamuscar, chapear, chapurrar, chapuzar, chazar, chiflar, chillar, chirriar, chistar, chocar, choclar, chuchear, chupar.*

No parecia que la letra *D* como inicial habia de comprender gran copia de verbos; pero la partícula inseparable *des* de tal modo, tan fácil y expresivamente se combina con otros verbos y otras diferentes partes de la oracion, que aun-

que nuestro *Diccionario* haya andado muy parco en la enumeracion de estos verbos compuestos, no son ménos de ochocientos cuarenta y cinco los que inserta; inmensa mayoría entre los mil treinta y nueve de toda la letra. Bien puede asegurarse que semejante catálogo es muy incompleto, si se atiende á que entre las libertades inocentes que goza todo español, es una, y muy notable, la de fabricar un verbo de cualquier elemento simple, y hasta compuesto, con la yuxtaposicion de la partícula *des* al principio, que no sólo denota una idea antitética con la que significaba la palabra fundamental, sino que tambien suele expresar muy enérgicamente privaciones y negaciones ingeniosas, y hasta ideas nuevas y que pueden apellidarse independientes de sus componentes. *Desfalcar*, *desfollonar*, *desgalgar*, *desgañifarse* y *desgañitarse*, *desgaritar*, *desistir*, *desleir*, *deslizar*, *desmenuzar*, *desmoronar*, *despachar*, pueden ser ejemplos de la facilidad y no infelicidad de estas composiciones. De todos modos, tal es su frecuencia y abundancia en nuestro idioma, que no parece, al recorrerlas en el *Diccionario*, sino que se pasa revista á casi todos los demas elementos ó partes que lo constituyen.

Respecto á la inseparable *dis*, inicial tambien de algunos verbos, para el objeto actual, bastará considerarla equivalente á la partícula *des*, como lo es en general, y admitida casi siempre por razon de eufonía.—En cambio, esta letra carece de primitivos, puesto que, á todo tirar, sólo podrán contarse unos doce en su vastísima extension, muy poco notables, como no sean *derruir*, *derretir* y *drizar*. Nótase en toda la letra que á su caudal han contribuido mucho manos científicas, eruditas, académicas; poco la boca del pueblo,

impaciente, necesitada de hacerse entender expresiva y enérgicamente, sin otras reglas que el instinto y la pasion. En esa misma proporcion están las palabras bien derivadas, bien cortadas, pero triviales, con las valientes, decididas, atrevidas, felices, como *dentar*, *desrabar*, *desrabotar*, *desasnar*, *diluviar*, *doñear*, etc.

A muy parecidas observaciones dan lugar los novecientos noventa y dos verbos que, salvo error, forman el caudal de la letra *E*. Las seis partículas, todas inseparables *e*, *em*, *equi*, *es*, *ex*, *extra*, que preceden á una multitud de voces de vária clases, formando con ellas *verbos compuestos*, absorben casi la totalidad de los comprendidos en esta letra, dejando muy pocos que podamos llamar *primitivos*, y de estos mismos todavía deberian excluirse bastantes, unos por la oscuridad de su procedencia y orígen, y otros porque provienen de composiciones particulares, como *echacorvear*, *echar*, *ejemplificar*, *ejercitar*, *embadurnar*, *embair*, *embaucar*, *embestir*, *empecer*, *empezar*, *emular*, *enconar*, *endilgar*, *enfurtir*, etc. Noventa y ocho son los verbos que tienen el aspecto de primitivos ó radicales, sin que deje entre ellos de encontrarse alguno de esos verbos populares de feliz expresion: *embadurnar*, *encanijar*, *engatusar*, *escarbar*, *escupir*, *espichar*, *espurriar*, etc.

Las tres siguientes letras, todas consonantes, ó al ménos no vocales, la *F*, la *G* y la *H*, son relativamente pobres en verbos, pues sólo comprenden ciento veinte y tres la primera, ciento diez y seis la segunda y ochenta y nueve la última, debido á que ninguna preposicion ni partícula de las que sirven para formar nuestras palabras compuestas comienza por ellas. Por lo mismo podemos esperar tal cual cosecha

de verbos de los que he llamado primitivos, ó porque en realidad lo son, ó porque, áun presentando señales de composicion, no es fácil señalar sus elementos componentes. Comprende, pues, diez y ocho verbos de éstos, entre los que son notables : *fisgar*, *follar*, *fregar*, *freir*, *frezar*, *fricar*, *frisar*, *fruir*, *fruncir*, *frotar*, y *fuñar*, todos disílabos y todos muy expresivos.—En la *G* tenemos veinte y un verbos radicales, casi todos muy significativos. Por ejemplo: *ganguear*, *gañir*, *garlar*, *garrar*, *gayar*, *graznar*, *gratar*, *gruir*, *guindar*, *guitar*, *guizgar*; bellísimos verbos y que vamos arrinconando, hasta el punto de parecer una afectacion el emplearlos, y no sólo en los escritos y discursos en que importa ante todo la claridad de las palabras, sino hasta en aquellos en que gala y no vicio debiera reputarse lo muy castizo.—La *h*, letra indefinida, que corre mucho peligro de cesar por supresion de destino, como no consigamos que recobre su carácter de aspiracion suave, es inicial de veinte y tres verbos primitivos, empezando por el anómalo, abstracto é irregularísimo auxiliar *haber*, siguiendo por el verbo *hacer*, el de las cien significaciones, y continuando por *halar*, *hatear*, *hembrear*, *henchir*, *hender*, *heñir*, *hincar*, *hipar*, *hirmar*, *holgar*, *hostigar*, *hozar*, *huir*, *hundir*, *hurgar*, y *husmear*; turba de preciosas palabras de lo más original, feliz y característicamente español que hay en todo nuestro idioma; palabras que el español á medias deberia respetar, envidiar y considerar, al ménos en gran parte, como pertenecientes á una lengua muy bella, muy privilegiada, pero que no es la suya. Esta abundancia de primitivos entre solo ochenta y nueve verbos da á la *h*, como aspiracion suave, un carácter particularmente español y castizo.

La letra *I* como inicial de verbos, á pesar de contar cien-

to setenta y nueve es de las más pobres de todo nuestro alfabeto. Cinco son los verbos primitivos que en realidad le pertenecen, á saber : *ignorar*, *ilustrar*, *imitar*, *ir*, é *izar*. Todos los demas son compuestos con las preposiciones latinas *in* y *inter;* resultando que la mayor parte son de esos verbos de surtido, fabricados muy gramatical, analógica y etimológicamente, pero lánguidos, insulsos, y que trascienden á elaboracion demasiado científica, más bien que á espontaneidad, naturalidad y á perfume nacional indígena.

Llegamos á la *J*, á esa fiera más bien que enérgica aspiracion, tan parecida al sonido que produce el esfuerzo que hacemos por purificar la garganta de algun humor estimulante ó cuerpo extraño. No es de mi actual propósito, pero conviene aquí reconocer que en tanto que conservemos la *r* fuerte y la *j*, y á las veces reunidas en una misma palabra, debemos moderar un poco nuestra vanidad nacional en punto á la dulzura y suavidad de la pronunciacion castellana. ¿En qué lengua, si no, se hallarán diez palabras como éstas : *raja*, *reja*, *rija*, *roja*, *ruja*, y *rajo*, *rejo*, *rijo*, *rojo*, *rujo*, que empleamos á todas horas, á pesar de su horrible aspereza?—Pero, volviendo á nuestro asunto, son por fortuna pocos, no más de cuarenta y dos, los verbos que en nuestra lengua empiezan por *j*, y de ellos tan sólo cinco merecen el nombre de primitivos ó radicales : *jetar*, *jinglar*, *jirpear*, *jitar*, y *jurar*, de escasísimo uso, ménos el último, que para eso lo tiene en demasía.—Noventa y dos verbos tenemos que empiecen por *L*, y de ellos solo diez y nueve parecen primitivos y radicales, de los que deberán figurar forzosamente en la clasificacion : *lamer*, *ladrar*, *lascar*, *latir*, *lavar*, *leer*, *legar*, *legrar*, *lendar*, *levar*, *liar*, *libar*, *librar*, *lisiar*, *litar*, *lomar*, *ludiar*,

ludir, y *luir*, entre los cuales, dejando aparte algunos pocos por puramente latinos, los hay, como siempre, muy propios y expresivos.—A solos once se reduce el corto caudal de la *Ll*, entre los que, cuando más, cinco merecen el nombre de radicales: *llapar*, *llagar*, *llendar*, *llevar*, y *llorar*.

De los doscientos cuarenta verbos que empiezan con *M*, entre los que se distinguen, por lo expresivos, los que llevan delante la partícula adverbial *mal*, contraccion de *malè*, veinte y dos son radicales, y como siempre castizos é incapaces de ser sustituidos por otros de los que tomamos de las lenguas que han contribuido á la dote de la nuestra: *majar*, *manar*, *manir*, *mascar*, *matar*, *medar*, *medir*, *mesar*, *meter*, *merar*, *miar*, *mirar*, *mirlar*, *mistar*, *mojar*, *montar*, *morder*, *morir*, *mugir*, *muir*, *mullir*, *muñir*, y algun otro.—No pasan de treinta y cuatro los verbos de la *N*, ni de tres, *nacer*, *narrar*, y *nadar*, los que entre ellos tienen aspecto de primitivos.—Setenta y tres son los de la *O*, y entre ellos sólo encuentro siete con traza de radicales, y son éstos: *oir*, *oler*, *opilar*, *optar*, *orar*, *orzar*, y *otorgar*.—No ménos que trescientos sesenta y ocho son los verbos de la *P*; contribuyendo no poco á juntar este caudal los compuestos con las preposiciones latinas *per*, *post*, *præ*, *pro*, que nosotros hemos adoptado como partículas inseparables, ora conservando su forma, ora con muy leves alteraciones, *per*, *pos*, *pre*, *pro*. Apénas llegan á treinta y cuatro los verbos simples, y como siempre, los hay entre ellos tan expresivos, que invitan á procurar se conserven como otras tantas joyas de nuestro propio natural lenguaje. *Parlar*, *pegar*, *pensar*, *petar*, *piafar*, *piar*, *picar*, *pillar*, *pipar*, *pipiar*, *pistar*, *pitar*, *pizcar*, *popar*, *posar*, *pulir*, pueden ser buenos ejemplos; y es curioso observar que

los más significativos entre ellos son los más familiares, como si estuviesen indicando que el casi único legítimo orígen que pueden tener las buenas palabras es el ser recibidas en la conversacion íntima y casera; patente harto más respetable en la materia que las que suelen expedir los grandes escritores y las academias.—Diez y ocho verbos cuenta en sus límites la *Q*, y en vano es buscar otros radicales que estos tres: *quemar*, *querer*, y *quitar*.—En cambio, no son ménos de quinientos veinte y nueve los que comprende su vecina la *R*; pero es riqueza, digámoslo así, prestada, y que se desvaneceria si reclamasen la que les pertenece las partículas *re*, *res*, *retro*, si es que *res* da lugar á alguna composicion, y no es siempre el *re* modificado por eufonía, áun en verbos como *resfriar* y *resguardar*. Advirtiendo que existen unos cuarenta y cinco que, si bien principian por la sílaba *re*, nada tiene que ver con la partícula que consta de estas mismas letras, como sucede en *rechazar*, *redactar*, *regalar*, *regar*, *regir*, *reinar*, *reir;* y que sólo son cuatro los que principian por las sílabas *retro*: *retroceder*, *retrogradar*, *retrotraer*, *retrovender*. Por lo demas, son trescientos noventa y uno los compuestos de la partícula *re* y otra palabra, y no faltan unos sesenta y cinco que poder llamar primitivos, al ménos hasta que se les averigüe la alcurnia, distinguiéndose por la energía y lo apropiado de su sonido á su significado: *rabiar*, *raer*, *rallar*, *rapar*, *rasar*, *rascar*, *rasgar* (verbo que entiende cualquier extranjero con solo pronunciarlo con algun vigor), *raspar*, *rechazar*, *remedar*, *rodar*, *roer*, y *roznar*, estos dos últimos, tomados inmediata y directamente de la misma naturaleza.—Principian con *S* doscientos ochenta y cuatro verbos, bien que en ésta es en la que se reune ma-

yor número de las partículas inseparables, que son las ocho siguientes: *se*, *son*, *sor*, *sos*, *su*, *sub*, *super*, *sus*. De aquí resulta que sean pocos relativamente, unos cuarenta, los verbos primitivos, entre los cuales son notables, por su propiedad y energía, los disílabos: *sajar*, *salir*, *sanar*, *segar*, *serrar*, *sentar*, *sentir*, *sobar*, *soltar*, y *sufrir*, y por su chocante irregularidad, el verbo *ser*, que tanto en latin como en castellano parece hijo de más de un padre.

Comprendiendo todo el cansancio de mis pacientísimos oyentes, despues de tan prolija enumeracion, me daré prisa á terminarla, observando que son doscientos sesenta y nueve los verbos que comienzan con *T*; que muchos de ellos son compuestos de varios elementos, pero empezando con la preposicion latina *trans*, ó la partícula *tras*, que muy frecuentemente la ha sucedido, por esta aversion natural nuestra á consentir gran golpe de consonantes juntas, y sin el descanso de las claras vocales, en que tanto nos recreamos. Veinte y seis son los que empiezan por la dicha preposicion, y hasta sesenta los que principian por la partícula que lastimosamente la va sustituyendo en la pronunciacion. Unos sesenta y seis verbos, al parecer radicales, comprende esta letra; y entre ellos los hay, como *tajar*, *tañer*, *tascar*, *tildar*, *tiznar*, *topar*, *tragar*, *trepar*, *trinar*, *trinchar*, *triscar*, *trotar*, y *tundir*, comparables con lo mejor que atesoran en este punto las lenguas alemana é inglesa, y que todos debemos desvelarnos por conservar, en esta época, en que nos invade irresistiblemente el lenguaje franco de periódico, de hotel y de ferro-carril.—A veinte y dos se reducen los que empiezan por *U* vocal, de los cuales tan sólo cuatro, *uncir*, *ungir*, *undir* y *urgir*, tienen aspecto de radicales ó procedentes de

padres desconocidos.—Ciento dos contiene la *V* consonante, de los que veinte y uno son *prima facie* radicales, pero ninguno muy notable.—Y sin detenerme en la *W*, ni en la *X*, que no comprenden ningun verbo, y poco en la *Y* consonante, que sólo comprende cuatro, de los cuales, tres, *yacer*, *yantar*, y *yogar*, parecen primitivos, terminaré esta ya insufrible enumeracion, observando que la *Z* tiene treinta y cinco verbos, y entre ellos diez y siete con aspecto de primitivos, en general tan familiares como expresivos : *zabullir*, *zafar*, *zampar*, *zampuzar*, *zapear*, *zarpar*, *zurrar*, y *zurrir*, pueden ser ejemplos.

En resúmen, seis mil doscientos noventa son los verbos castellanos, salvo algun error, y no llegan á ochocientos los que tienen el aspecto de primitivos, de los que siempre habrá que deducir un buen número, haciendo de ellos un estudio especial, con elementos y conocimientos de que yo carezco.

Al tratar ahora de proyectar brevemente su clasificacion, parto de un principio que, de seguro, parecerá paradógico, pero que en realidad es muy práctico y fecundo en esta materia. Toda clasificacion muy artificiosa y con pretensiones de filosófica debe desecharse. El problema es acudir á remediar la necesidad de aquella numerosísima clase, que he designado por su nombre más de una vez : el *vulgo*. El caso es adivinar su método, adelantársele, salirle al encuentro; único medio, á mi entender, de serle práctica, positivamente útil.

Bien puede contarse con que de ciento de estos *necesitados*, los noventa y nueve se irán instintivamente á surtir con preferencia de nombres que de verbos : hay siempre

algo de abstracto y de inductivo en la significacion de casi todos ellos; vida, existencia propia, sólo hay que buscarla en los nombres. Añádese que tambien las palabras radicales, que tan numerosa prole suelen llevar en pos de sí, pertenecen generalmente á esta última clase. Para unas cuantas excepciones, como *idas*, *venidas*, *vistas*, *dádivas*, *seres*, *estados*, *hechos*, *tenencias*, cuyo catálogo se apuraria bien pronto, son casi innumerables los casos en que el nombre engendra al verbo, y hay hasta razones ideológicas para que así deba ser. De donde resulta que la mayor parte de las veces deba acudirse á las tablas de nombres clasificados, en donde habrán de estar indicados siquiera remisivamente los verbos derivados, para evitar repeticiones inútiles. Y que no asuste la prolijidad y el empleo de tiempo que exigirá todo esto: ¿cuánto desperdiciamos todos los dias cuando, necesitados de una palabra, nos empeñamos en averiguar si la hay?—¿Qué camino se halla trazado para proceder en esta averiguacion?—¿Y qué certeza tenemos de que no existe lo que necesitamos, cuando desistimos del empeño, rendidos al cansancio?

La primera y más general division de los verbos, la que se ocurre por sí misma, es en dos clases: verbos de significado inmaterial, y verbos que significan actos y movimientos materiales y, digámoslo así, tangibles. No cabe duda en que la mayor parte de estos últimos nacieron ántes que los inmateriales, aunque los hay, entre los que podriamos apellidar afectivos, que bien osarian disputar antigüedad á todos los demas. *Ver*, *oir*, *andar*, materiales, difícil es que precediesen á *vivir*, *doler*, *amar*, *morir*, que son abstractos y metafísicos.—Lo que asombra es cómo en edades re-

motísimas, primitivas, pudo inventarse aquella clase de verbos cuyo significado comprende una de las abstracciones más sutiles que han penetrado en la mente humana: los auxiliares y algunos sus hermanos, áun en el mayor apuro de la necesidad, difícilmente habrian ocurrido á los más sutiles ideólogos. *Ser*, *estar*, *haber*, *tener*, *hacer*, parecen verbos revelados..... si bien, ¿por qué dudar que á la fuerza lo hubieron de ser los principales elementos de un primitivo idioma?—Si algo hay portentoso y sobrenatural entre las cosas que manejamos con tanta indiferencia, por no decir ingratitud, es la creacion, perfeccion, conservacion, transmision y conversion de un idioma.

De las dos clases generales indicadas conviene excluir todos los verbos, con aspecto de primitivos, que provienen de ciencias y artes, por más que deba confesarse que han hecho siempre éstas grandes préstamos al lenguaje usual, y que cada dia los hacen mayores, á medida que se extiende y populariza el conocimiento de aquellos ramos del saber humano. Alguna remision convendrá para explicar aquellas voces que han tomado asiento decididamente, y para siempre, entre las usuales, aunque provengan, á no dudarlo, de ciencias y artes particulares. Más no cabe hacer, so pena de incurrir en repeticiones. *Convergir* y *divergir* son verbos geométricos; *detentar*, *dirimir* y *discernir* son forenses, y apénas han salido de los límites del lenguaje técnico. Pero *abogar*, *alegar*, *apelar*, forenses tambien, son verbos que *han dejado la carrera*, pasando al caudal comun. Los de esta especie son los que conviene apuntar entre los usuales ó entre los técnicos, pero haciendo llamadas en el lugar de que hayan de quedar excluidos. Y no son más de treinta y dos

los radicales de este orígen que se cuentan en nuestro *Diccionario.*

De los trescientos treinta y nueve, al parecer radicales, de significacion inmaterial, que he reunido, son muy pocos los que resultan inclasificables, por lo muy especial de la idea que expresan. Y no habrá quien extrañe el gran número de secciones que han resultado; porque bien sabido es que crecen éstas en razon inversa de la abundancia de las especies, al ménos comparativamente; y si se extraña lo raro é inesperado de las ideas que las constituyen, recuérdese que éste no es trabajo para filósofos, sino para el vulgo de los necesitados, y que estamos encerrados en el estrecho círculo de los verbos primitivos, cuya abundancia ó escasez no descubre la riqueza ni la pobreza de nuestro idioma.

Los verbos abstractos, sean ó no auxiliares, componen la 1.ª seccion, que sólo comprende: *ser*, *haber*, *estar*, *hacer*, *dejar* y *soler*.—Siguen los técnicos de que consta la 2.ª, como: *actuar*, *convergir*, *conjugar*, *detentar*, *discernir*, *divergir*, *escurar* (limpiar los paños del aceite), *escrutar*, *erar* (agricultura), *explotar*, *instilar* (química), *sumir* (liturgia), *tonar* (poesía), etc.—La 3.ª comprende cuanto de bueno y de malo cabe hacer con la palabra, ó sean los bienes y los males de la lengua: *amorrar*, *aporrar* (ambos que indican importuno silencio), *chafallar* (embrollar, tambien en cosas de hecho), *decir*, *desbarrar*, *despotricar*, *execrar*, *garlar*, *instar*, *jactarse*, *narrar*, *negar*, *ponderar*, *propalar*, *rechiflar*, etc.—La 4.ª comprende los afectivos ó de pasion, como: *abominar*, *alegrar*, *amar*, *camelar*, *captar*, *detestar*, *doñear*, *lagotear*, *regostar*, *seducir*, *tolerar*.—La 5.ª, operaciones y empleo de nuestras facultades intelectuales: *aten-*

der, inferir, juzgar, saber.—La 6.ª, lo relativo al comercio y trato humano: *amprar* (pedir prestado), *dar*, *fiar*, *regatear*, *surtir.*—La 7.ª comprende todo el tecnicismo de empleos y destinos, *destituir*, *elegir*, *jubilar*, *renuncir*, *suprimir*, *vacar.*—La 8.ª, cuanto indica molestia, daño, castigo: *atafagar* (aturdir), *empecer*, *espichar*, *expiar*, *infligir*, *vejar.*—Algunas más clases podrian formarse, pero serian muy estrechas y poco definidas. Basta, por otra parte, esta muestra, para que se vea en pequeño lo que sería la completa clasificacion de un idioma, y la facilidad con que el necesitado podria socorrerse, pues le bastaria pasar la vista por la tabla ó clave de las clases, acudiendo á la que más afinidad tuviese con la palabra buscada. Conviniendo advertir que hasta proceder de una vez á la clasificacion de todo un idioma, en tanto que el ensayo se limite á ciertas partes de la oracion, las secciones que van resultando no pasan de grupos arbitrarios, de pequeñas muestras del sistema, pero muestras que desaparecerian, y desaparecerán, al presentarse las verdaderas clases naturales, si hay la fortuna de dar con ellas.—Y si, ya tan al tocar el término de la tarea, fuese tolerable salirme de los estrechos límites propuestos, demostraria que por este camino se ha de ir hasta formar curiosas é instructivas series de palabras análogas, que progresivamente descubran los grados, variedades, matices de un significado comun en el fondo; resúmen y complemento de toda sinonimia, recreacion incomparable del sincero aficionado á los estudios y observaciones filológicas. Baste apuntar que la clasificacion es ya ocasion próxima de discutir por vecindad y comunicacion esos parentescos y afinidades y relaciones curiosísimas.

Los verbos primitivos de significacion material, dejando aparte los técnicos y los provinciales, se acercan en nuestro idioma á quinientos, y dan lugar á grupos y secciones bastante numerosos. Merece colocarse á su frente la seccion que comprende los verbos de movimiento, no ménos de ciento y ochenta, cuyo número da lugar á diferentes sub-secciones ó grupos.—Movimiento con traslacion del sujeto ó del objeto, y son treinta, como: *andar, cejar, correr, entrar, entregar, hundir, huir, ir, nadar, sacar, salir, venir, volar.*—Movimiento de ascencion ó de suspension, y son diez y seis, como *colgar, erigir, erguir, guindar, inhestar, levantar, izar, montar, soliviar, subir, tremolar, trepar y triscar.* Movimiento de descenso, y son doce, como *caer, desgalgar, derramar, echar, pisar, resbalar, verter.*—Movimiento con cierta violencia, y son cuarenta y nueve, como: *arrancar, arrojar, atrapar, atortujar, cascar, cutir, chocar, desguazar, empellar, esguinzar, heñir, lanzar, mesar, majar, retazar, serrar, triturar, truncar.*

Es muy curiosa la segunda seccion, que comprende la emision ó supresion de la voz del hombre y de los animales que la tienen; cuarenta y cinco verbos se hallan reunidos en ella, como: *arruar* (gruñido del jabalí), *bisbisar* (hablar entre dientes), *cloquear, crocitar* (graznar el cuervo), *crotorar* (voz de la cigüeña); *chapurrar, ganguear, gañir, gruir, himplar* (voz de la pantera), *pipiar* (la de los pollos de las aves), *rebudiar* (otro tono en el gruñido del jabalí), *tartajear, tatarear,* etc.

La tercera es de funciones animales, y algunos desórdenes y daños en ellas. Son ochenta, como: *cegar, derrabar, derrengar, doler, escupir, engullir, herir, jadear, llorar, morir,*

nacer, nutrir, oir, palpitar, sentir, sufrir, sainar (engordar los animales), *ver*, etc.

No merece el nombre de seccion el pequeño grupo que comprende lo relativo á los alimentos y su preparacion. No pasan de quince, como: *aliñar, asar, asurarse* (resquemarse los guisados), *papar* (comer cosas blandas sin mascarlas), *socarrar* (medio asar), *torrar* y *turrar* (tostar en las ascuas).

En el mismo caso de pobreza está el grupo de los verbos primitivos que significan el uso é influjo de los líquidos ó de la humedad; veinte y uno son en número, como: *beber, chupar, escurrir, escanciar, fluir, lavar, manar, mojar, secar*, etc.

Basta. Contaba con vuestra atencion, y de tal modo he venido á ponerla á prueba, que tormento, y muy lento, os he dado en pago. Obra la mia imprudentemente emprendida, con ínfulas de invencion y clasificacion universal, ha venido á parar en lo que todas las vanidades: en desengaño, con peligro de bochorno; en, á lo más, curioso entretenimiento, en *divertimiento*, en vez de la seriedad que el acto parecia requerir. Ya se ve, concebí, proyecté un tratado, me comprometí á un *discurso*, pero ántes de llegar á la mitad, viendo que andaba tan poco *discursivo*, cambié el nombre, dándole el de *ensayo*, en que cabe todo lo verde é inmaturo, y al cabo, sólo ha salido un prolijo *estudio*, bueno para hecho, malo para confesado, peor para publicado. Rara vez se habrá ofrecido á concurso tan escogido y respetable manjar más crudo é indigesto. Difíciles pero tardías confesiones son éstas: mejor habria sido no pecar.

Sin embargo, no creo del todo perdido el tiempo inver-

tido en descubrir que es posible, aunque en sumo grado trabajosa, la completa clasificacion de las palabras de un idioma, en demostrar la utilidad de esta inmensa obra, y en familiarizarme, y á mis benévolos oyentes, con el curioso estudio de los verbos castellanos. En esta época, en que todo lo material, por muy arduo que sea, encuentra proyectistas, y lo que es más, decididos, obstinados ejecutores, y se suple el olvido de la naturaleza en dejar sin comunicacion el Mediterráneo con el Océano, y parece que sólo se espera á elegir entre el puente y el túnel para unir la Inglaterra con el continente europeo, y acaso se proyecta ya convertir en ancho mar el desierto africano, ¿será mucho que se emprenda, ó que se aconseje y encomie, la clasificacion de los idiomas?

Y volviendo á lo de la material utilidad, que es el más convincente de todos los argumentos en nuestros dias, no se me negará que hasta el pequeño é imperfecto estudio sobre los verbos primitivos ó radicales puede tener su aplicacion y provecho. Supongamos, si no, que un orador ó escritor necesitado desea saber si entre los verbos de movimiento hay alguno que exprese enérgica y gráficamente la accion de golpear una cosa con otra con dureza y sin cuidarse de que se puedan romper. Desde luégo se le ofrecerá que se trata de un movimiento sensible y material, lo que ya le dirigirá á la clase y seccion en que necesariamente ha de encontrarse; muy poco tardará en advertir que hay cierta violencia en el movimiento que imagina y quiere describir, y sin el menor esfuerzo entre los que indican movimiento, pero duro, violento, destructor, tropezará por *cutir*, verbo que cuadra perfectamente á su propósito.

Supongámosle ahora, ú olvidado de los verbos que indican en castellano la accion de hablar con muy oscura é imperfecta pronunciacion, ó dudoso de si es castizo uno de los que recuerda. En la misma clase de los verbos primitivos de significacion sensible dará bien pronto con la segunda seccion, consagrada á la emision ó supresion de la voz del hombre y de los animales que la tienen, y á poco se le ofrecerán *bisbisar* y *musitar*, en que poder escoger.

Supongamos, por último, y es el caso más apurado, que su necesidad es de un verbo que signifique coser mal y torpemente, de otro que exprese el sonido de la herradura floja de una bestia, de otro que denote la accion de entonarse afectando señorío, y por fin, de otro que indique el acto de convocar á cofradías ó juntas; todos los que convienen precisamente en no ser reducibles á ninguna de las clases y secciones propuestas. Pues por lo mismo se dirigirá á la clase de los irreducibles (*incertæ sedis*), y se hallará con que los verbos *cusir*, *guachapear*, *mirlar* y *muñir* le sacan del apuro.

Y si esto es así cuando se ofrecen por muestra las secciones y grupos arbitrarios y casi caprichosos de los verbos primitivos, decidme, ¿qué sucederia una vez establecidas maduramente las clases y secciones de todo el idioma?—Un poco de práctica y de ejercicio nos haria á todos en breve maestros, y en muy contados momentos lograriamos, ó el socorro anhelado, ó el útil desengaño de no haber en el idioma remedio para la necesidad que nos aquejase. Considero haber tocado en este punto en la evidencia; más allá es inútil querer ir en las investigaciones y deducciones humanas.

He llegado al—lo conozco—deseado término de mi dis-

curso; y como no hay duda que tenemos una como conciencia para los desaciertos literarios, diré con franqueza lo que me está advirtiendo. No temo por mí; temo por la Academia. De resultas de tan prolija lectura, á consecuencia del irremediable tedio que habrá engendrado, vais á creer que el carácter académico es este de complacerse en estudios abstractos, de hablar, á todo propósito y sin ninguno, de verbos y de adverbios, sin cuidarse del torcedor que se puede causar á todos, con tal de apuntar alguna observacion filológica..... No lo creais; no son todos así. Casi todos saben disimular lo académico, y ostentar gracia y ligereza y encanto en la conversacion y en sus discursos. Vuestra desgracia pasará con el dia de hoy, y en adelante volverá este recinto á lucir obras amenas y llenas de atractivo para el público. Yo mismo pienso escarmentar y estoy apesadumbrado. Sirva mi naufragio para que los demas aprendan que todo se consigue disimular en este mundo de tanto disimulo, como no sea la *vejez* y su inseparable compañera la *decadendia*.

.... *nos......, cum semel annis*
Invasit nullâ reparabilis arte senectus,
In pejus ruimus; nec habet natura regressum.
(F. VANIÉRE, *Præd. rust.*, lib. I.)

Inclinado á traducir el texto, no me decido: importa concluir ya; y luégo, que tengo observado que la parte más amable de esta concurrencia no tiene necesidad de semejantes versiones. Las señoras entienden ó adivinan lo que se les dice en cualquier lengua, con tal que sea muy delicado y otro tanto oportuno.—HE DICHO.

[illegible]; y como no hay duda que tenemos una como conciencia para los desaciertos literarios, diré con franqueza lo que me está atormentando. No temo por mí, temo por la Academia. De resultas de tan prolija lectura, ó consecuencia del [illegible] [illegible], que habrá engendrado, vais á creer que el carácter académico es ese de complacerse en estudios abstrusos, de hablar, á todo propósito y sin ninguno, de verbos y de adverbios, sin cuidarse del torcedor que se puede causar á nadie, con tal de apuntar alguna observacion filológica... No lo creais: no son todos así. Casi todos saben disimular lo académico, y ostentar gracia y ligereza y [illegible] en la conversacion y en sus discursos. Vuestra desgracia pasará con el día de hoy, y en adelante volverá este recinto á lucir obras amenas y llenas de atractivo para el público. Yo mismo, quiero escarmentar y estoy apesadumbrado. Sirva mi desengaño para que los demas aprendan que [illegible] [illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] [illegible] y su inseparable compañera la [illegible].

> [illegible]
> [illegible]
> [illegible]
>
> ([illegible])

Inclinado á traducir el texto, no me decidió: Importa con[illegible], que tengo observado que la parte más amable de esta concurrencia no tiene necesidad de semejantes versiones. Las señoras entienden ó adivinan lo que se les dice en cualquier lengua, con tal que sea muy delicado y otro tanto [illegible]. — He dicho.